

## KRUPP

**E**STE no es un *Plato del día* propiamente dicho, porque no es comestible, como no sea para los chacales, esos repugnantes carnívoros que —según M. Bernabó— *desentiegan los cadavégués e se los comen vivos.*

Respetemos lós designios de la Providencia y

*dejemos en paz yacer  
á los que con Dios están,*

no sin dedicarles antes un último recuerdo.  
Bien lo merece el famoso Federico Krupp,



cuya muerte nos anuncia el telégrafo "con su terrible laconismo,".

El derecho internacional y la música moderna han sufrido una gran pérdida.

Compañero de estudios y experiencias del doctor Bismarck, rector de la Universidad de Berlín, el profesor Krupp podía atribuirse buena parte en la paternidad de este famoso aforismo:

*La force prime le droit.*

Ningún otro tratadista, antiguo ni moder-



no, ha empleado mayor cantidad de argumentos en apoyo de una tesis. Los del profesor Krupp son más que contundentes... Trituran y aplastan á todo el que intenta rebatirlos.

Grandísima resonancia han tenido en toda Europa. Cualesquiera que sean las ideas

filosóficas del lector, no me negará que están admirablemente forjados.

La dialéctica de este gran publicista era de extraordinaria solidez. Su estilo, aunque algo retumbante, es el más acerado que conozco.

En tanto que Bismarck y Moltke explicaban en sus cátedras las doctrinas que les han dado fama superior á las de Kant y Hegel, su colaborador Krupp reunía y amontonaba en Essen (Prusia renana) toda clase de datos y pruebas fehacientes. Aquello no era un archivo... Era verdaderamente un arsenal.

Veinticinco mil amanuenses ayudaban al profesor Krupp en sus investigaciones y trabajos. Cuando se considera que Maquiavelo, Saavedra Fajardo, Montesquieu, Heriberto Spencer y tantos otros, habrán necesitado, á lo sumo, de un par de escribientes cada cual, es cuando se puede apreciar en toda su gigantesca importancia los estudios con que Krupp ha reformado desde el derecho político hasta la geografía universal... Ahí está el mapa de Europa, que no me dejará mentir.

Y si de la ciencia pasamos al arte, ¿cómo no derramar también una lágrima á la memoria de Federico Krupp?

Es el coloso de la música moderna. Harto



más que Ricardo Wagner ha hecho él por el desarrollo, grandeza y apogeo de la música alemana. Tan sólo una falta puede reprochársele: su odio á la cuerda y la madera, y su excesivo abuso del metal.

Sus instrumentos han eclipsado los de las mismas leyendas paganas y bíblicas.—Si la lira de Anfión bastó para levantar los muros de Tebas, y las trompetas del pueblo de Israel para derruir los muros de Jericó, los cornetines balísticos de Krupp han hecho milagros mucho mayores.

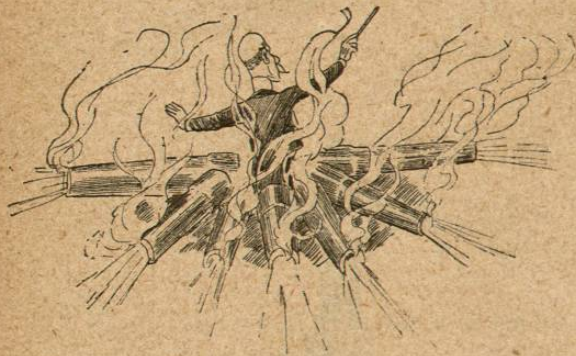
Cuando en la Exposición Universal de 1867 obtuvo en París un éxito inmensamente superior al de la famosa cantata inaugural de Rossini, se resintió tanto el amor propio de los franceses, que no descansaron hasta inventar otros instrumentos, llamados ametralladoras, que sonaran mejor. No hay para qué recordar ahora el resultado de la competencia filarmónica celebrada entre franceses y alemanes en 1870.

Desde entonces, Krupp ocupaba en el concierto europeo el lugar que ocupa Bretón en los de Madrid.

Jamás se abría en ninguna parte el teatro de la guerra sin contar con la cooperación de este incomparable *maestro al cembalo*.

Ahora estaba sin contrasta, por hallarse suspendidos los espectáculos en que tantos

servicios ha prestado; pero ejercía su alta inspección en las representaciones del baile de gran aparato *La paz armada*, que tanto furor está haciendo en toda Europa, y se ocupaba además activamente en preparar la *mise en scène* de varias obras cuyo estreno está muy próximo.



¡Lástima que haya expirado sin dar siquiera una función de despedida!

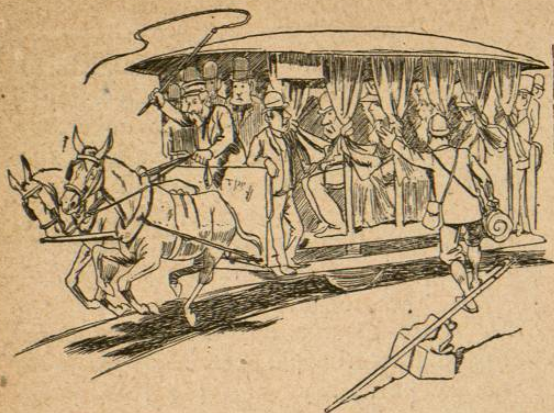
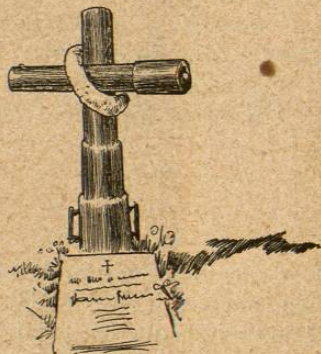
Pero deja un hijo que le sucederá dignamente, así en los estudios prácticos de derecho internacional como en las reformas instrumentales de la música moderna, y todo hace creer que ni las lecciones experimentales del profesor Bismarck, ni el repertorio lírico de las grandes potencias, su-



frirán gran quebranto con la desaparición del viejo maestro prusiano.

¡Que descanse en paz, aunque esta última palabra no sea ciertamente la más grata á los manes de Krupp!

Julio de 1887.



### DIEZ CÉNTIMOS, CUALQUIER DISTANCIA

**D**ECIDIDAMENTE, ésta es la época de los Livingstone y los Stanley.

Pero como también es otro de los signos distintivos de nuestro tiempo el empeño constante de poner al alcance de todas las inteligencias lo que antiguamente absorbía las facultades de un Aristóteles ó un Newton, y al alcance de todas las fortunas lo que antaño disfrutaban solamente Cresos y Fúcares, ocurre de igual suerte que las energicas iniciativas de un Magallanes ó un



Vasco Núñez de Balboa puede satisfacerlas hoy *au bon marché* el más sedentario y perezoso de los burgueses.

Esta es la época de los Livingstone al por menor y de los Stanley con rebaja de precios.

Hay Vascos de Gama á real la pieza, Laperouses con parada y fonda, y Colonesbotijos.

Fuera de España hay sociedades para dar la vuelta á Europa, para viajar por toda América, para ir y venir por Asia, para darse un paseo por África, para realizar, en fin, por poco dinero y con todas las garantías apetecibles, *La vuelta al mundo*, letra de Larra, música de Barbieri.

Aquí hemos acomodado estos modernos apetitos á las cortas necesidades del país.

Mientras los *yankees* echan miradas codiciosas á Cuba, y los alemanes se relamen golosamente pensando en las Islas Filipinas, nosotros, con la decisión y denuedo de un Pinzón ó de un Legazpi, tomamos el tranvía del Este y plantamos el pabellón español en las Ventas del Espíritu Santo.

Otros, más audaces, llevan su heroísmo hasta tomar posesión del puente de Vallecas.

—En nuestros dominios— dicen—no se pone el sol.

Y dicen bien; porque para ellos no hay tinieblas... ¡Se alumbran por todo lo alto!

Muy pocos exploradores han ido más allá de esos límites casi infranqueables.

Los que han osado trasponerlos no han vuelto á Madrid, ó han vuelto—¡horrible fin de estos mártires de la civilización!—convertidos en orondos chorizos, sabrosas longanizas y salchichas succulentas, que luego introduce en Madrid cautelosamente el astuto y sagaz matutero, cuyas hazañas no han encontrado un Fenimore Cooper ó un Gustavo Aymard que las refiera dignamente.

Pero á despecho de tamaños riesgos, el ardor de los Stanley madrileños no decae, antes bien cobra proporciones imponentes.

El tranvía abierto, con su enseña *Diez céntimos cualquier distancia*, ha despertado más apetitos de locomoción que las novelas de Julio Verne.

¡Viajar! ¡Ver tierras! ¡Atravesar la zona tórrida, entre Fornos y el Suizo! ¡Pasar por la zona glacial, entre la Cibeles y el Circo de Rivas! ¡Llegar, entre corrientes de aire y estornudo limpio, hasta las alturas del barrio de Salamanca, punto menos que iguales á las del Simplón! ¡Y todo por diez céntimos de peseta! ¡Por un perro grandel

Ante la seductora perspectiva del viaje



á Biarritz—como llama la gente á aquel oreado sitio,—la estación de la Puerta del Sol se llena todas las noches de una muchedumbre ávida de impresiones, que asalta los coches-jardineras con verdadero entusiasmo.

El bullicio es inmenso; la animación recuerda - en pequeño, se entiende - la de la *gare Saint-Lazare* de París en día de fiesta.

—¡Antonio! ¡Antonio!

—¡Aquí estoy, mujer!

—¡Ay! Respiro...

—¡Niñas, niñas! Aquí todas; no hay que separarse.

—Caballero, mire usted dónde se sienta.

—Usted dispense, señora; me han empujado. Estos viajes de recreo...

—¡Jesús! Bien podían poner aquí reservado de señoras.

—Y hasta *sleeping-car*, si le parece á usted.

Suena el pito del mayoral, arranca el coche, y antes de que empiecen las emociones del viaje, se cruzan los saludos y se renuevan conocimientos.

—Joaquinita, ¿usted por aquí?

—Sí; tomando el aire con los niños. ¡Son tan cómodos estos coches!... Yo todas las noches hago este viaje, no por gusto, porque ya usted ve, se mete aquí tanta gente

ordinaria, y recibe una tantos empellones, y...

—¡Ya!

—Esto lo hago por prescripción facultativa.

—Lo mismo que nosotros. A falta de San Sebastián... A Pérez no le han dejado salir este año; porque, hija mía, los altos funcionarios no pueden moverse de aquí en estas circunstancias.

—¿Pues qué ocurre?

—Dicen que si va á haber, ó que si no va á haber...

Otra distinguida viajera de á perro grande pregunta á su marido, *ó cosa así*:

—¿A qué merendero *del Biarritz* me llevas esta noche? ¿A *La Palmera* ó á *La Inevitable*?

—Ni á un sitio ni á otro; te contentarás con un vaso de agua y un azucarillo.

—¡Roñoso!

—No hay tal cosa. Lo que hago es imitar al Gobierno, empujando la campaña administrativa de verano.

Un gomoso va dando vueltas á una idea





aunque parezcan perfectamente incompatibles las ideas y los gomosos.

Ha subido en pos de una damisela, á la cual no le ve más que la espalda y el enorme sombrero, lleno de cintajos y perifollos.

El gomoso se aburre, y piensa:

—Son muy cargantes estos tranvías abiertos. Son mucho mejores los coches cerrados para poner varas... Se domina fácilmente la situación. Aquí, en cambio, como no caiga uno al lado de una barbiana, no tiene más remedio que ir mirando el cogote al mayoral. Deberían poner algo en esa plataforma de delante, para distraernos. Algo de *cante*, por ejemplo; ó un teatrillo minúsculo, con funcioncitas por cuartos de hora... ¡Cada trayecto, una función! Actores, se encontrarían bien pronto; autores, no faltan nunca para estos casos.

La imaginación del gomoso se desboca. Los caballos de un coche que pasa á la sazón se desbocan también, y se estrellan contra el tranvía.

Pánico general. El viaje de recreo ha terminado, trocándose en viaje preñado de peligros y aventuras sangrientas... Pero el susto pasa; cuadrúpedos y bípedos han salido ilesos; los cocheros se recriminan mutuamente; los pasajeros comentan alborotadamente el lance, y como el tranvía conti-

núa parado, una viajera intrépida se levanta de su asiento y grita con voz de mando y de impaciencia:

—¡Arree usted, mayoral!

Donde menos se piensa, salta una capitana Cook.

Julio de 1888.

